



Cierto día en que practicaba yo una visita de inspección de los trabajos que dirigía en la construcción de una finca, uno de los maestros operarios me salió al encuentro y, con difícil palabra, me dijo que tenía al servicio de su familia á una viejecita á quien, casi por caridad, habían recogido y que esa desventurada, agotada por los años y rudos trabajos, expiraba en un rincón de la pobre casa, siendo lo extraordinario que la infeliz mujer balbuceaba mi nombre en su agonía. Era mi nombre, sí, no cabía duda; aunque precedido por la palabra "niño".

¿Quién podría ser? De aquella mujer, el maestro de obras no cono fa el apellido. Josefa, lisa y simplemente Josefa. . . . hay tantas! . . .

Una inspiración súbita me conmovió profundamente: el diminutivo familiar mexicano de Josefa, es Chepa . . . era Nana Chepa, era aquella abnegada, aquella amorosa mujer á quien la ingratitud dió al olvido y entregó á la miseria, después de haber recibido lo más noble, lo más puro de su ser!

Hice que el maestro me condujera á su casa. A qué describir aquel cuadro de miseria? Era Nana Chepa, sí, la que sobre el duro suelo, sobre las frías y duras losas del piso ensalitrado, deliraba con su amado Benjamín. *Ella me vió. . . . y sus ojos se aguaron como en otro tiempo; permaneció un momento resignada contemplándome y yo la ví sonreír con una sonrisa muy triste, muy llena de amor, á tiempo que doblaba su cabecita, para no levantarla más. . . .*



"EL ARMON."

Bien podía decirse de la fiesta que se celebraba en la casa de nuestro inteligente y simpático amigo Don Antonio, que era una de aquellas que dejan en nuestro espíritu un vivo y perdurable recuerdo, una impresión alhagadora y risueña, proporcionando al revistero material abundante para sus crónicas de sociedad. Lo más granado de ella había concurrido á la cita, las damas más hermosas, los personajes más notables en la política, en el foro, en la ciencia y en el arte. Un verdadero derroche de lujo y elegancia, un conjunto deslumbrador de sedas, encajes y piedras preciosas que cintilaban; una tibia oleada de suaves aromas que llenaba el espléndido salón.

Redundante sería el mencionar la lista de los exquisitos manjares, de los sabrosos y añejos vinos, de las ricas pastas, sazonadas frutas y primores de repostería que se prodigaron en el suntuoso comedor, cuyo artesonado cielo y ornados muros despertaban la idea de una filigrana de marfil tallada por gnomos, y en donde resonaban los ecos de una música suave, discreta: las cristalinas notas de arpas lejanas, las quejas íntimas de la vio-

la de amor, el romántico cantar de flautas y oboes.

La elegante concurrencia había vuelto á instalarse entre los brocados de los muebles soberbios que resplandecían bajo los incontables foquitos incandescentes que revelaban los detalles de las tallas exquisitas, los repujados bronce, las artísticas estatuas, las lunas venecianas encuadradas en dorados marcos florentinos y los satinados tapices de la sala. Allí tuvimos la fortuna de escuchar las más hermosas composiciones musicales ejecutadas por los mejores artistas y "dilettantis" de la metrópoli: las melodías de Grieg, de Shumann, de Wienawski alternaron con los *tieds* y romanzas de Saint Saens, de Chaminade, de Massenet y Berlioz, alternando la recitación por sus autores, de las más bellas poesías, historias y leyendas.

Semioculto por el follage de una palma verdeante que surgía de un enorme tabor de porcelana de China, apoyado en el umbral del pórtico de empalmada y policroma vidriera, de pié y conversando con algunos de los concurrentes, encontrábase un caballero de avanzada edad, de robusto porte y atractiva y simpática fisonomía, cuyo cabello blanquecino contrastaba con el tostado y encendido color de su rostro. Todos nos fijamos en él cuando una de las señoras, desde el estrado, le llamó diciendo:

— Doctor, Doctor; mi querido amigo: Usted solo no ha querido hacer gala de sus habilidades; consecuente con sus ideas un tanto misantrópicas y su modestia característica, permanece alejado y, casi podría decirse que tratando de esquivarse; pero nada ha de valerle. Estas damas, deseosas, como yo, de escuchar de los labios de usted alguna historia impresionante, unen al mío sus ruegos, y yo bien sé que la exquisita galantería de usted no ha de dejar nuestro capricho sin satisfacción.

El interpelado, cuyo rostro enrojeció aún más, avanzó con relativa timidez hacia el centro del sa-

lón, yendo á sentarse en uno de los banquillos del piano, á la sazón desocupados, y dijo:

— Dios mío. . . mis amables señoras: ciertamente que estoy en la mejor disposición de obedecer á ustedes; pero mucho temo el no poder dejarlas complacidas. Después de haber escuchado tanta verdadera filigrana literaria, trabajadas con tan hermosos estilos, es indudable que mi palabra va á parecerles desaliñada y burda, como lo es la de un hombre alejado de los centros intelectuales y recluso en un medio agreste en donde la prosa de la vida, real, pero dura, concluye con todas las exquisiteces del lenguaje y embota las facultades imaginativas y creadoras. Busco en vano en mi memoria alguna fábula feérica en que la varita de virtud de una hada bienhechora, conduzca á puerto de salvación, al apoteosis final, á una parejita de boquirrubios amantes, á través de los encantados montes y de las olas encrespadas por el soplo del genio perverso que, con su venganza, los persigue; algún poema pastoral donde se describan dulces amores de campesinas de chapín de raso y falda de brocado y guardadores de cabras con vestidos de terciopelo y tocando á maravilla la flauta y. . . nada de eso encuentro con qué entretener vuestra atención. Quizás influenciado por los términos en que se me ha formulado el inapelable mandato, pidiéndome una "historia impresionante," sólo acuden á mi cerebro, no ficciones ni cuentos; sino sucesos reales percibidos durante el ejercicio de mi profesión y, más que otro, uno en que fuí actor. Impresionante, sí, aún su recuerdo me hace estremecer; pero cruel y triste. Temería yo lanzar una nota discordante, aquí donde á raudales, se ha vertido la belleza y la dulce poesía.

— Una historia cruel! . . . — Oh, sí, sí; cuéntela usted, Doctor.— Dijeron algunas señoras.



El camino del Ferrocarril de *** es uno de los más pintorescos, accidentados y ricos en paisajes abruptos y exuberantes de nuestra República—dijo el Doctor, dando principio á su narración— los prolongados túneles, los ciclópeos puentes, los profundos tajos, los elevados terraplenes, hacen de su construcción una de las más notables, una monumental obra de ingeniería. A un cuarto de legua de la estación situada en el kilómetro cuatrocientos treinta y ocho, se halla el pueblo en que, por motivos de salud é interés, estoy radicado, y entre esa estación y la siguiente que separan unos nueve kilómetros de distancia, está el tramo más atrevido y peligroso de la vía. Partiendo de nuestra estación, el camino empieza á hacerse tortuoso, serpenteando por la falda de una montaña, hallándose incrustado, por decirlo así, en la cuneta de un tajo estrecho y profundo que desemboca en un terraplén de unos veinticinco metros de largo, en cuya extremidad empieza á mantenerse la vía sobre un gigantesco puente de herradura, que atraviesa una anchurosa y honda barranca en cuyo fondo se mira, como un ténue hilillo de plata, correr un ancho río caudaloso cuyos bordes, revestidos de frondosa vegetación, parecen desde lo alto cubiertos solamente por una alfombra de musgo. El espectáculo es tan grandioso como imponente: si alguien avanzara á pie por cima del férreo armazón, difícilmente podría escapar del vértigo. Pasado el puente, extiéndese la llanura: una planicie monótona en cuyo lejano confín se mira, levantándose sobre el horizonte brumoso, la silueta de la pequeña y solitaria estación subsecuente á la de mi pueblo.

En ese edificio, construido con toscas piedras y lámina de hierro acanalada, en la época á que mi narración se ciñe, tenían su alojamiento, además del Jefe de estación y telegrafista, un joven ingeniero y su esposa que, en plena luna de miel, no había consentido en separarse de él que trabajaba en el levantamiento de planos, para el trazo de un nuevo ramal, y dirigía las operaciones de reparación que varias cuadrillas de peones ejecutaban en tramos inmediatos.



Una noche, cuando recogido en mi lecho empezaba á dormir, cansado por mis excursiones del día y por la nocturna lectura de una obra árida y difusa, imaginándome poder disfrutar de verdadero reposo, violentos y repetidos golpes á mi puerta interrumpieron mi beatífica somnolencia, acabando de despertarme la presencia de dos peones ú operarios del camino que, con angustia y ansiedad, penetraron á mi alcoba siguiendo á mi criada que les introducía y, sin más preámbulos, uno de ellos se dirigió á mí diciendo:

“Dice el señor ingeniero que hemos traído en el armón, con el cuerpo de su señora que viene herida, que haga usted el favor de bajar con sus fierros y su botiquín á la estación, que urge.”

Levantéme inmediatamente, todo azarado, y provisto de lo necesario, atravesé las obscuras y desiertas calles del pueblo y su carretera, seguido de mis hombres hasta llegar á la estación. A la luz de los farolillos de mano y sobre un escape de la vía, descubrí uno de esos arzones-velocípedos, ó carretillas de palancas que sirven, en las líneas férreas, para transportar de uno ú otro punto in-

mediatos, operarios y herramientas. Sobre el armón se hallaba tendida la esposa del ingeniero quejándose lastimosamente, densamente pálida y, á su lado, oprimiendo la delicada mano entre las suyas, el joven esposo, trémulo y palpitante de ansiedad. En pocas palabras me relató lo ocurrido: tras de la estación donde ambos vivían y á un lado de la entrada de su alcoba, habíase acumulado una gran cantidad de nuevo y viejo material. Una de las elevadas pilas ó huacales formados con durmientes y pedazos de rieles, habíase venido al suelo, pocos momentos hacía, cogiendo debajo á la infortunada joven, que escapó con vida; pero llena de contusiones y con la fractura de ambas piernas. Sin elementos para curarla y ante lo apremiante del caso, su esposo se había hecho conducir con ella en el armón, de una estación á otra, en solicitud de mis servicios.

Hecha una primera y provisional curación, dispuse que regresáramos al momento en el mismo vehículo, para colocar á la enferma en su lecho é inmovilizarla debidamente con el entablamiento adecuado.

Subimos pues en la carretilla que echó á andar á través de la tiniebla nocturna que perforaba el haz luminoso de nuestra pequeña lamparilla roja. La noche era airosa y algo fría: aseguro á ustedes que la imprevista excursión no tenía para mí nada de agradable.

Embocamos por fin en el tajo. Las abruptas rocas, cuyo pie granítico iluminaba al pasar nuestra linterna, parecían unirse en su vértice con la negrura del cielo, formando sobre nuestras cabezas una pesada bóveda que sentíamos cerrarse sobre nosotros. En el silencio de la noche, oíase sólo el crujir de los hierros del armón y los débiles lamentos de la bella é infortunada joven.

Una extraña idea me asaltó de improviso: por aquellas épocas, el Gobierno Federal enviaba fuer-

zas á través de la línea en trenes rápidos y directos; una vez dentro del tajo curbeante, la salida era imposible; si uno de esos trenes se presentara de improviso, tropezaría con el frágil armón como con un pedazo de barro que desmenuzaría, no quedando para nosotros; ni el recurso de echarnos fuera, á un lado de la vía, pues por lo estrecho del tajo, seríamos aplastados contra sus muros. Tal pensamiento hizo deslizarse por mi espalda un calosfrío y dije á los peones:

—“Más de prisa, muchachos: urge llegar pronto”

Como acudiendo á una evocación interna, como si esta idea hubiera sido un irónico aviso deslizado en mis oídos por los espectros de la negrura, respondió á mis palabras, no muy distante, el silbido de una locomotora que entraba en el tajo. Todos nos estremecimos. Era imposible que el tren que á nuestras espaldas venía, pudiese advertir nuestra presencia á tiempo para detenerse, con tanto y tanto recodo que de él nos ocultaba. Un frenesí salvaje, un ímpetu loco y delirante nos lanzó sobre las palancas que movíamos como verdaderos poseídos; corría el armón con vertiginosa rapidez por el estrecho tajo, espoleándonos el pavor que nos hacía sentir, comunicado por los rieles, el férreo trepidar del tren perseguidor en su terrible marcha los golpes de los émbolos y el jadear de la caldera, se hacían cada vez más perceptibles íbamos á morir dentro de aquel cañón

Como un faro de salvación, como una estrella bienhechora, vimos por fin anunciándonos la desembocadura del tajo, una fogata colocada á un lado de la vía, sobre el corto terraplén. Más por instinto que por impulso razonado salté, casi á orillas del precipicio, en el momento preciso en que la locomotora, con desenfrenado impulso, aventaba la carretilla sobre el puente, del que ésta, descarrilando, se precipitaba al abismo.

Contuso, adolorido, semienloquecido aún por el pavor, me ví levantado por los peones que habían imitado mi movimiento salvador, y temblorosos, mudos, con el cabello erizado, en tanto que las luces del rápido se perdían en la llanura más allá del fatídico puente, permanecimos contemplando la negra boca del abismo en cuyo fondo se encontraron, á la alborada siguiente, entre los riscos y el verde ensangrentado del follaje, los restos del armón y los destrozados cadáveres del ingeniero y su esposa, unidos fuertemente en un estrecho y último abrazo.



LA CARIATIDE.

En momentos anteriores, instantes de crisis, había exacerbado aquel rudo afán; apresurábase el ir y venir de los criados, el entrar y salir por las habitaciones de los miembros de la familia; el ansia y la angustia invadían los diálogos, las órdenes se daban á gritos y, uno tras otro, entraban al espacioso patio los carruajes que á la puerta de la escalera de blanco mármol y balaustre de bronce, dejaban á los médicos que, á paso veloz, subían y excusando fórmulas sociales, penetraban semi-asfixiados aún, jadeantes, á la alcoba de la enferma, á la recámara tapizada de seda azul en cuyo plafond lleno de molduras y artesones se destacaban sobre un fondo de cielo, varios cupidillos que desataban un festón sembrado de rosas en torno del rosetón afiligranado, del que pendía la dorada lámpara cuyas luces se reflejaban en los cristales biselados del juego de recámara tallado en macizo nogal, aposento donde á la sazón reinaba el más absoluto desorden peculiar de las batallas con la muerte.

Toda aquella barahunda, todo aquel estrépito, cesó como por encanto al pronunciarse la palabra

fatal que se comunicó por los ámbitos de la casa, como la ondulación producida por la caída de una piedrecilla en la inmóvil superficie de un estanque; la palabra lóbrega, la palabra funesta que esparció la consternación, alargando los semblantes, acallando las conversaciones, y que se murmuraba más que se decía, como si para articularla faltaran voz y aliento: ¡la señora ha muerto!

La fachada de la casa construida conforme á un puro estilo medio-*eval*, situada en la mitad de una de las calles de elegante colonia moderna, se erguía entre la obscuridad que la envolvía lejos de los focos de arco de las boca-calles. Brillaban las ventanas, y el abierto zahuán desparramaba sobre la calzada central del jardincillo que le precedía, la luz de sus globos de cristal estriado. Del luminoso vestíbulo fueron poco á poco saliendo, ya solos, ya en pequeños grupos, los espectadores consternados de aquella tragedia íntima, perdiéndose sus siluetas y el ruido de sus pasos gradualmente, entre la neblina invernal de la noche y en el silencio de las avenidas, bajo los arbolillos que bordean sus aceras.

Lentamente las luces fueron apagándose; concentrándose por decirlo así, en un solo foco: en la alcoba matrimonial transformada en cámara mortuoria afanosamente por la servidumbre que, bajo la dirección del ama de gobierno, cubrió los muebles de brocado azul con blancos lienzos y crespones negros obtenidos trabajosamente rebuscando en el fondo de armarios y cómodas.

Todos caminaban de puntillas, todos guardaban un silencio respetuoso atreviéndose apenas á proferir muy por lo bajo frases cortísimas y, concluida la tarea, fueron á reunirse en la antecámara iluminada sólo por el reflejo de las oscilantes flamas de cuatro gruesos cirios que se colocaron á los lados del lecho sobre el que la Parca había arrojado su hálito glacial. Solamente se oía el chisporroteo

de las ceras que, de vez en cuando, acudía á despavilar medrosa y cariacontecida el ama de llaves, una viejecilla erguida y seca envuelta en un chal negro, que, terminada la faena, volvía á sentarse cerca de la entrada, muda y somnolienta.

Las cuatro luces enrojecieron al despuntar el alba y brillaron durante el día como cuatro hojas de laurel de oro, á los rayos del sol.



La nueva noche encontró un nuevo cuadro: en la sala, transformada en capilla ardiente, sobre dos banquillos capitonados de terciopelo negro, entre un montón de coronas, palmas y cruces de flores semi-marchitas se alzaba el féretro, la tallada caja en cuyos costados se destacaban las macizas agarraderas de plata y cuya tapa, de pie contra el muro del fondo y tras de un enorme crucifijo, esperaba el momento de cubrir para siempre el cuerpo que, sobre el fondo de raso acolchado y bajo los pliegues del albo sudario, perfilaba sus líneas purísimas y asomaba el rostro oval coronado de los sedosos bucles en desorden, cerrados los hermosos ojos bajo los lindos arcos de las cejas, pálido, transparente como la blanca cera, sin otra mancha que interrumpiera su blancura, fuera de las amoratadas líneas de los labios menudos que conservaban una vaga expresión de éxtasis.

Semi-oculto bajo el dintel de la puerta que comunicaba las dos piezas, entre el colgante damasco del cortinaje, permanecía aún el triste esposo; más pálido que la muerta misma, con el cabello en desorden y los ojos enrojecidos, la respiración fatigosa y contemplando con mirada fija é inconsciente la catástrofe tremenda; ni parientes, ni amigos, ni criados pudieron arrancarle de ahí,

ni hacerle pronunciar una palabra, ni tomar el menor alimento, á pesar de todo su empeño, durante aquellas veinticuatro horas.

Vino la alta noche y con ella la soledad: parientes y amigos se habían marchado.

Por fin la onda amarga subió, subió á sus ojos para desbordarse en llanto y á su boca para desatarse en gritos y sollozos; sólo, pasado el mudo dolor contemplativo durante el cual su memoria febricitante recorrió el panorama de aquella historia de amor, comenzada entre juegos infantiles, aquellas promesas llenas de inocencia y de ingenuidad, ignorantes promesas llenas de candor en que se consagraban el uno al otro, ignorantes del alcance de sus palabras y que más tarde repitieran al transformarse el niño en joven, el joven en adulto; el botón en rosa, la niña en mujer. . . . todas aquellas peripecias, todas aquellas entrevistas furtivas al través de la reja de la ventana; aquella iglesia cuajada de lirios, gardenias y rosas blancas, cuyos altares resplandecían á la luz de incontables bujías de cera que irizaban los prismas cristalinos de sus candiles, iglesia henchida por aristocrática concurrencia á cuyos pies desaparecía la roja alfombra que parecía unirse al terciopelo de los reclinatorios; aquella música suavísima que en ondas perfumadas se esparcía por las sonoras bóvedas, acompañando el canto angelical de la celebrada artista que invocaba á María Virgen; aquellas primeras y dulces caricias, las mutuas confianzas, las primeras lágrimas enjugadas con besos ardorosos; los tiernos anhelos, las dulces esperanzas de que un querubín de rubia cabecita y labios de fresa viniera á estrechar aún más aquel fuerte vínculo; los ideales que le impulsaban al trabajo y á los negocios por conquistar fortuna y esplendor, para ella y para *el descado*. . . . y todo, todo, de pronto derrumbándose sobre él, aplastándole en su caída y mostrándole, por todo y definitivo resultado,

aquellos párpados inmóviles que nunca volverían á abrirse, aquella boca cuyo cálido beso no volvería á sentir jamás. . . . La onda amarga, hirviendo al fuego de los recuerdos, había subido y desbordaba.



La servidumbre, que durante quince días consecutivos había resistido el rudo trabajo y las veladas forzosas para el cuidado de la penosa enfermedad, se retiraba á sus habitaciones; debía descansar en el pabellón aislado en el fondo del jardín. El amo lo había ordenado, quería velar *él sólo* aquella noche postrera; haría sonar el timbre eléctrico si algo necesitaba. El mismo cerró, tras el cortejo soñoliento y cabizbajo, una tras otra, las hojas de bruñida caoba de las puertas de pasillos y habitaciones.

Si álguien hubiese podido mirar á aquel desventurado, habría sentido su corazón desgarrarse ante el espectáculo conmovedor que ofrecía aquel semiloco que inclinado sobre la negra caja sostenía entre sus brazos el torso rígido y helado, apoyando en su hombro la pesada cabeza de la muerta, besando los fríos y secos labios é inundando con un torrente de lágrimas el insensible rostro sobre el que buscaba, en el que llamaba, con frases de amor y desesperación, una última sonrisa, un postrer reflejo de aquella vida idolatrada, abandonando al fin su profano empeño para mesarse los cabellos, para golpearse el pecho con ambas manos, sacudiéndose en espasmos de vesánico, mascullando la blasfemia entre sus lábios, azotándose sobre el piso como niño irascible, para quedar al fin sobre él, exhausto, inerte, con la mirada fija y vidriosa con que se contemplaría un abismo infernal.

Levantóse al fin con el semblante cambiado, transfiguradas sus líneas apacibles y bondadosas de suyo, por una satánica expresión, centelleando en sus ojos la resolución impía y, con paso decidido penetró á la alcoba dirigiéndose á la mesilla de noche, donde en confuso desorden se hallaba una multitud de frascos con substancias medicinales, inútil arsenal para combatir la asoladora enfermedad, el mal inexplicable y desconocido, el morbo extraño que los médicos parecieron no comprender. Con mano trémula buscó, revisó lentamente las etiquetas de los frascos cerciorándose al cabo de la identidad de uno de ellos que conservó en su mano: aquel terrible narcótico que, aplicado en pequeñísimas dosis, apagaba, adormecía las crisis dolorosísimas de la enfermita.



Rápidamente penetró á la pieza inmediata: un gabinetito estucado primorosamente, verdadero estuche de filigranas de arte donde flotaba un perfume suave, delicado, una fragancia de rosas blancas, un aroma exquisitamente femenino; giró la llave y se encendió la lámpara de bronce y apagado cristal que pendía del techo, esparciéndose la luz sobre la moqueta rosa de la alfombra, quebrándose en las aristas de ornatos y tallados, reflejándose en cristales y cincelados. Fué á sentarse frente al pequeño escritorio de laca cuajado de incrustaciones, ornado con relieves de bronce; el mueble favorito de su esposa que ella misma había hecho traer de Europa, obra exquisita del arte francés, cuyas labores de alto relieve se deslizaban en forma de guirnalda hechas con delicadas margaritas en miniatura, sostenidas por pequeñas cariátides estilo renacimiento. Tomando de

uno de sus cajillos un pliego de papel, escribió algunos renglones y, al terminar, volviendo sus ojos hacia la puerta con dolorosa expresión, apuró de un sorbo el contenido del frasco que arrojó lejos: volvió á leer lo escrito, plegó la hoja cuidadosamente y buscó en vano una cubierta por todos los cajoncillos del mueble, concluyendo por extender el papel sobre la mesa.

Un desfallecimiento súbito le invadió; clavó los codos sobre la carpeta apoyando la cabeza entre sus manos y permaneció abstraído unos instantes



Aquella cabecita se reía!..... Había en aquella diminuta cara de metal dorado una mueca befarada, un gesto irónico, burlón, provocativo! El vértigo ó las lágrimas que empañaban los ojos de aquel desventurado, le hacían aparecer movable la provocante figurilla. No resistió más: con exasperada y creciente irritación asió á la pequeña cariátide, sacudiéndola bruscamente para arrancarla de ahí. ¡Oh, sorpresa! La cariátide cedió facilísimamente girando sobre su eje y haciendo abrirse un compartimento secreto del mueble, del que se desprendió rodando un manojo de flores secas bajo el que se hallaba, cuidadosamente atado con un listoncillo, un paquete voluminoso de cartas; deshecho este con mano ansiosa, el secreto de la muerta apareció á los dilatados ojos del traicionado esposo.

Aquellos papeles cantaban la infamia y la deshonra con estrofas de amor criminal; él, olvidándolo todo ante impresión tan tremenda, recobró su energía y, como el que saborea una tortura, ávido de conocer la inmensidad de su mal, se en-

tregó febricitante á la lectura de aquel epistolario.

Sus ojos recorrían carta tras carta ávidamente, en tanto que sus trémulos lábios lanzaban la injuria. ¡Cómo se habían burlado de él! Cómo su absoluta confianza en la honradez, en la virtud y en el pudor de su esposa, era tratada de imbécil ceguedad en aquellos escritos! Cómo se habían aprovechado de los momentos en que, por dar á la infiel riqueza y honores, él se entregaba al ímprobo trabajo, á la velada tenz sobre el bufete, á la ruda excursión, á la discusión enojosa, para disputar peso á peso las sedas y los diamantes con que la cubría! Cómo se calificaba de empalagosa su ternura, de insoportable su caricia! Cómo se pensaba en robarle su nombre y su fortuna para aquel intruso de quien no había sospechado la presencia y cuya muerte prematura en el primer claustro había acarreado la de la madre! y aquellas páginas se desplegaban una tras otra ante los ojos del burlado que hacía esfuerzos titánicos para conocer hasta lo último, lo que sus ojos mismos se negaban á leer, pretextando que la tiniebla los envolvía.

Era forzoso revisar todo el paquete. Más luz, más luz! Y la mano trémula encendió los focos del candelabro que servía de remate al escritorio. Y, sin embargo, quizá la emoción, debilitando su cerebro, hacía difícil la percepción visual; la maldita obscuridad aumentaba. ¿Por qué?



Un recuerdo terrible sacudió su conciencia: aquella obscuridad reveladora de la realidad del momento, le atraía á la verdad de su estado: había bebido el narcótico, estaba envenenado; como Romeo, había querido espirar al pie de la tumba de

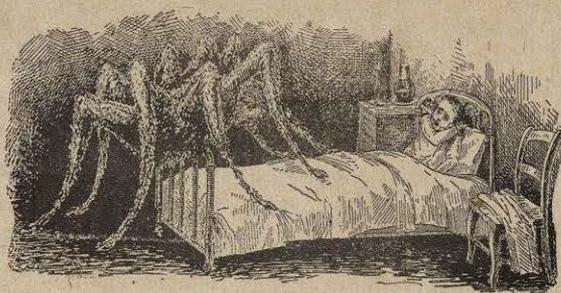
su Julieta, acompañarla en su último viaje por la Estigia. ¡Cómo le parecía ahora ridícula é insana su conducta! Aquella ramera infame no merecía en verdad que una alma pura, honrada y fiel se sacrificase por ella: había atentado contra su vida y aquel crimen era infundado, innecesario, injusto! Era preciso llamar, pedir socorro, oprimir el botón de la campana buscarlo en medio de aquella obscuridad de plomo levantarse sobre las piernas que parecían de hierro para moverlas y de algodón para sostenerse en ellas un esfuerzo y al caer, caminar sobre las manos ¡huir! salvarse, para escupir el rostro hipócrita de la muerta!

Una frialdad horrible le invadía, sentía que giraba hundiéndose y paralizó sus movimientos una espantosa alucinación: Desde la sala, de en medio del hacinamiento de flores, de lo alto del improvisado catafalco, una risa sardónica y estridente, surgía, helando la sangre en sus venas, una risa prolongada, histérica, que revoloteaba como una mariposa negra y que iba alejándose, perdiéndose en un espacio infinito, negro, vibrando como un zumbido, esfumándose como un vapor que se dilata



Y he aquí la verídica historia de aquella íntima y secreta tragedia por la que, á la mañana siguiente, cuando los criados inquietos por el profundo y alarmante silencio que reinaba en el interior de las habitaciones, á cuyas puertas redoblaban inútilmente sus llamamientos y las que al cabo forzaron, se encontró en el gabinetito perfumado, sobre la alfombra de moqueta fosa iluminada aún por la luz eléctrica, junto á la caída silla dorada,

al pie del muro y bajo el botón de la campana eléctrica que no pudo alcanzar y á donde llegó arrastrándose, el cadáver del suicida que en su rostro y en la crispada mano asida á los relieves del lambrín de estuco, aún conservaba la expresión de la tremenda angustia que presidió su agonía.



“EL VAMPIRO.”

Era mi buen padre hombre de carácter apacible y débil, misántropo, sombrío, taciturno y meditabundo, cuyos cuarenta y cinco años parecían aumentados por una vejez prematura; los golpes de la adversidad, sin duda, habíanle encanecido trazando á la vez, en su rostro descolorido, surcos profundos; de corta estatura, su cuerpo ancho revelaba una complexión robusta y una obesidad anterior, modificadas por padecimientos morales. Cifrabá en mí, su hijo único, un amor infinito, una ternura duplicada por la falta del afecto maternal del que, al nacer, me privó la fiebre del puerperio, implacable y despiadada, que llevó á la joven esposa al fondo de su sarcófago.

De mi pobre madre, quedóme sólo un retrato: un cuadro de gran tamaño pintado al óleo y encerrado en un ancho marco cuyo dorado maltrecho acusaba, como los fragmentos desprendidos y faltos de la pasta moldeada, el maltrato de acarreadores y mudanzas. Era un lienzo valioso, una obra de arte verdadero: la escultural figura de una mujer de veintidós años, fresca y rozagante, de mirada llena de animación é inteligencia y sonrisa im-